

REFORMA DE LA IGLESIA: MÁS CODECISIÓN

Resulta doloroso comprobar hoy cómo la Iglesia pierde oportunidades de acercar a Jesús al hombre actual. Resulta fácil poner como excusa el proceso de secularización de la sociedad, el poder del demonio, etc. Pero conviene ir más a fondo en la cuestión. Con su aportación, el autor pretende mostrar que hay oportunidades para la fe y para las personas de nuestro tiempo mediante la reforma y la colaboración de todos los creyentes. El auge de la democracia, la desmitologización y el principio de subsidiariedad dan pie a un nuevo planteamiento de la reforma de la Iglesia.

Mehr Chanten durch mehr Mitbestimmung. Zur Strukturreform der Kirche, Stimmen der Zeit 214 (1996) 42-54.

Algunas personas dentro de la Iglesia se refugian en el papel de mártires en vez de acusarse críticamente de sus propias faltas. La Iglesia ha de plantearse en qué medida la situación es culpa suya, y convertirse al Reino de Dios. Cada cristiano ha de hacerlo. Pero la Iglesia es más que la suma de los cristianos; sociológicamente es una institución, teológicamente es el pueblo de Dios que camina en la historia. Debe preguntarse si funciona bien como institución y plantearse las reformas necesarias.

Auge del individuo

El derecho a la autodeterminación y a la participación está en estrecha relación con el puesto del individuo y su autoconciencia.

1. Los derechos humanos del individuo y de los pueblos suelen estar claros en el papel, pero no en la realidad. De todas formas, existe un progreso en el reconocimiento, al menos formal, de los derechos humanos. Ante la opinión pública mundial, los sistemas que infringen los derechos humanos no pueden ya justificar su agresividad diciendo que se trata de prácticas legales.

2. Va en aumento la tendencia normativa a abolir la pena de muerte, lo cual es signo de una mayor conciencia del valor de la vida humana.

3. La abolición normativa de la guerra como medio político es una expresión más de la elevada consideración del individuo, porque toda guerra acaba con vidas humanas. En el derecho tradicional los Estados tenían derecho a la guerra; ahora este derecho les es denegado. Y sólo es reconocido el derecho a la defensa frente a agresiones exteriores.

Desde la antigüedad hasta hoy, el cristianismo ha sido motor de la creciente valoración del individuo, si bien hay que reconocer que, a lo largo de la historia, no se ha dado una aplicación muy coherente de esta concepción. Pero la base doctrinal es clara: el hombre fue creado a imagen de Dios como persona y como hijo de Dios en Jesucristo; está llamado a compartir la vida trinitaria y a dominar la creación.

Auge de la democracia

Hoy la democracia ha invadido todas las formas de Estado, de sociedad, y en todas partes se lucha contra la sumisión y el dominio de los privilegios. También la doctrina social de la Iglesia, tras una cierta vacilación, se ha pronunciado a favor de formas democráticas en la política y la economía. Esto va en la línea de la ética bíblica y de la fraternidad. Si ahora se valoran mucho más las formas democráticas de convivencia que las jerárquicas, se plantea la cuestión de si también en la Iglesia debería darse esta transformación. A la evasiva de que la Iglesia no es una democracia, sino una jerarquía, se puede responder que la Iglesia es ante todo una comunidad de hermanos y hermanas en la que debe tener cabida todo lo que de positivo hay en los modelos democráticos, sin caer en sus defectos. Hay que aprender también de los, a menudo, más astutos "hijos de este mundo" (Lc 16,8).

A los detractores más acérrimos de la democratización de la Iglesia habría que preguntarles si no están más bien preocupados por intereses de poder que por la Iglesia misma.

Desmitologización

Otro argumento histórico para apoyar los derechos de participación democrática de los creyentes en la Iglesia es la desmitologización de los cargos eclesiásticos jerárquicamente organizados. Los creyentes ven en éstos cada vez más lo humano, demasiado humano, experimentan que el Espíritu Santo podría actuar más eficazmente con la participación de todos los creyentes para mejorar el destino de la Iglesia.

Persona y subsidiariedad

La exigencia de mayor participación en la Iglesia se desprende también de la reflexión sobre la doctrina social que ella misma defiende, lo cual aumentaría su credibilidad.

I. *El principio de la persona.* Su formulación clásica se encuentra en la encíclica "Mater et Magistra" de Juan XXIII. Según este principio, la persona tiene que ser el sujeto y la meta de todas las instituciones sociales, y se ha de respetar su dignidad inviolable. Sobre esta base se ha de eliminar la minoría de edad a la que están sometidos los creyentes por quienes, invocando una supuesta voluntad divina, sólo quieren legitimar intereses de poder. También se han de dar pasos efectivos para utilizar en favor de todos las energías positivas de los individuos. El Espíritu Santo habita en todos los hombres de buena voluntad. El viento sopla donde quiere (Jn 3,8).

2. *El principio de subsidiariedad.* Su formulación más clara se encuentra en la encíclica de Pío XI "Quadragesimo Anno". Defiende la cesión de competencias de determinadas áreas a instancias inferiores dejando para las superiores la tarea de ayudar a la autodeterminación de los subordinados. Es un principio óptimo para asegurar libertad y eficacia en la realización del bien común, mediante la descentralización, que ayudará así a aprovechar mejor las capacidades de los grupos subsidiarios.

Para la Iglesia este principio de subsidiariedad es de gran importancia tanto en relación a la sociedad y al Estado como también adentro. La Iglesia debería concentrarse en las tareas que nadie quiere hacer y ser luz orientadora y acogedora para todos los marginados de la sociedad. De la calidad de sus obras en este plano podrá demostrar al Estado que, con toda su fuerza, hay algo que no puede hacer: amar.

En lo intraeclesial cabe destacar el diagnóstico de Pío XII al colegio cardenalicio el 20 de febrero de 1946, en el que se subraya la validez, también para la Iglesia, del principio de subsidiariedad, que no pone en cuestión su estructura jerárquica. Hoyes muy importante ejercer este principio dentro de la Iglesia en cuanto comunidad de creyentes corresponsables, sobre todo a la hora de tomar decisiones que pueden tener consecuencias positivas o negativas para el conjunto y que exigen competencias repartidas. Si no se atiende a ello puede pasar, para desgracia de la Iglesia entera, que las instancias jerárquicas superiores, alejadas de las comunidades de base, tomen decisiones unilaterales sobre ella de modo autoritario e inapelable.

Tampoco por ello se ha de negar toda autoridad a las instancias centrales en favor de las Iglesias locales. La exigencia de un derecho de los creyentes a intervenir en virtud del principio de subsidiariedad se desprende también de la historia de la Iglesia. Dogmáticamente pertenecen a la estructura esencial de la Iglesia los sacramentos, el apostolado de los laicos como misión de salvación y la jerarquía (obispos, sacerdotes, diáconos). La provisión de vacantes en estos cargos debería estar establecida según el principio de subsidiariedad. La historia de la Iglesia muestra dos direcciones encontradas en este problema. Una se apoya en lo que León Magno dijo (año 459): "Quien ha de estar al frente de todos ha de ser elegido por todos". La otra se remite al Código de Derecho Canónico de 1917, donde se dice: "Los obispos son nombrados libremente por el Papa" (§ 329,2).

Pasos a dar

Resumiendo: lo que llevamos dicho sobre el auge del individuo y de la democracia y sobre la subsidiariedad apunta a que en la Iglesia también se debería dar un voto de confianza a la coparticipación de los creyentes, sin poner en cuestión, por supuesto, las constantes dogmáticas de la institución.

I . Mayor derecho a la participación no significa que cada católico tenga la misma autoridad para tomar decisiones, sino que hay que tener en cuenta la posibilidad de colaboración indirecta. Caso histórico fue la autorización que Pío VI dio al clero católico de los Estados Unidos en 1789 para elegir su primer obispo. Otro caso excepcional es el derecho que tienen los cantones en Suiza para elegir sacerdotes, ya desde antes de la Reforma, costumbre que se ha conservado en algunos lugares.

2. Los peligros de una democratización de la Iglesia no se han de subestimar, sobretodo teniendo en cuenta la cantidad de cristianos meramente sociológicos. La cita de Rm. 12,2 "No os acomodéis a este mundo" debe estar presente para no caer en la dictadura de la mayoría y en la degradación del núcleo esencial de la fe. La Iglesia tiene que seguir siendo fermento (Mt 5, 13).

A la vista de la manipulación que ejercen los mass-media se entiende mejor por qué la democratización de la Iglesia podría ser peligrosa, sobre todo en la medida en que esté calcada del ámbito estatal. Con todo, sigue en pie la exigencia de más codecisión de los creyentes, que tiene más ventajas que desventajas. Por ej., León Magno, demostró una gran sabiduría cuando en su carta al obispo de Tesalónica destacó que "nadie debe ser consagrado que no haya sido querido y suplicado, para que el pueblo no desprecie y odie a su obispo". Con ello afirma que así como la fe no se puede imponer, el que transmite la buena nueva debe ser aceptado por sus destinatarios. (Véase Mc 10, 42-45).

3. Otra cosa es a qué ritmo puede introducirse la novedad de la codecisión en la Iglesia. Se han de evitar tanto los pasos precipitados como dejarlo todo para el juicio final. Se requiere reflexión y coraje en el proceso de aprendizaje. Y también aprender del vasto e inmemorial tesoro de la Iglesia Católica, no sólo de especialistas unilaterales. Se han de evitar los extremismos tanto de un lado como de otro.

Nombramiento de los obispos

Un modelo ideal sería el siguiente:

La decisión de nombrar a los obispos estará reservada al Papa, el cual no deberá poder elegir como obispo de una sede a alguien que no reúna las condiciones canónicas vigentes, contando entre ellas con el porcentaje de votos de la Iglesia diocesana y nacional correspondiente. Al Papa se le presentarán tres candidatos por diócesis. Del nivel diocesano deberán tener voto el obispo en funciones o su vicario, los componentes del capítulo catedralicio, los del consejo presbiteral y del pastoral, un tanto por ciento de las asociaciones de laicos y otro de las órdenes religiosas que trabajan en la diócesis.

A nivel nacional las asambleas de votantes deberán estar formadas por los componentes de la Conferencia Episcopal nacional, un tanto por ciento de representantes de los laicos y de los sacerdotes de las diócesis y otro tanto por ciento de las órdenes religiosas en función a nivel nacional.

La elección será válida cuando al menos un tanto por ciento de dichos componentes participen en ella. Se admitirá el voto por representación y el voto será secreto. Por razones económicas y de tiempo se pensará si se podría organizar a nivel nacional varias elecciones para distintas diócesis en una misma sesión.

Este modelo presentado esquemáticamente debe ser mejorado en una amplia discusión. El propósito final es que en la elección de obispos coparticipen varios niveles de la Iglesia local para impedir que lleguen a la sede candidatos inadecuados. Y se ha de tener en cuenta que este modo de concebir la elección implica la vocación divina no menos que el modelo hasta ahora vigente.

Más posibilidades de reforma

Más participación de los fieles en la Iglesia es necesaria e importante por varios motivos. En primer lugar por el hecho de que así se evita el peligro de concentración de

poder en una sola mano. También así surgen más capacidades de dar solución a los problemas y habrá muchos más creyentes que se sientan identificados con la Iglesia.

Por eso no se comprende que los obispos diocesanos con 75 años hayan de retirarse y, en cambio, el Papa no tenga límite de edad, y eso que tiene una mayor responsabilidad. Se impone una regulación de este límite para los cargos ministeriales en la Iglesia. Por lo que aporta la experiencia de la humanidad, es bueno poner límites objetivos y temporales al poder. Se podría, por ej., reducir el tiempo a doce años con la posibilidad de una reelección. En ello podríamos aprender del funcionamiento de las órdenes religiosas dentro de la propia Iglesia. Actualmente las posibilidades de la medicina han ampliado la longevidad por encima de las capacidades de decisión y agilidad mental de los concernidos.

Éste es sólo un ejemplo para mostrar que la Iglesia, en cuanto institución humana, siempre ha de estar sometida a la reforma. No se puede suponer que las palabras de Jesús a Pedro de Mt 16,18 y la transmisión del poder pastoral a los obispos según Mt 18,18 excluyan, sin más, la posibilidad de una limitación temporal del ministerio. Si en la Iglesia hay muchas cosas sometidas al tiempo, ello no impide que se den constantes que superen la prueba del tiempo y el cambio histórico. Y precisamente con la mayor participación se podría reformar con más facilidad lo que de temporal y cambiante hay en la Iglesia.

La historia mundial y la de la Iglesia es rica en ejemplos en los que injustamente se ha apelado a la voluntad de Dios para legitimar decisiones humanas, demasiado humanas. Importa examinar en qué medida configuraciones concretas de la Iglesia corresponden a la voluntad de Dios y no a la voluntad de poder de los hombres. Nuestro ejemplo a seguir han de ser Jesús y la Iglesia primitiva, dando a los fieles su mayoría de edad, porque lo contrario, sobre todo si es en nombre de Cristo, es un mal abominable.

Tradujo y condensó: MARÍA JOSÉ DE TORRES